

PATRIA CHICA

REVISTA DE ARTE Y CIENCIA

Año I.-Núm. 2—Brozas 16 Enero 1910—Trimestre 3 ptas.

Enviado

AMOR DE ESPOSA

Capuzo el guarnicionero era un ser dichoso, al decir de sus convecinos. Le había cabido en suerte una mujer hacendosa y trabajadora, que sabía hacer de una peseta tres, criar á los chicos en el santo temor de Dios y cuidar de su casa y de su hacienda.

Porque la mujer de Capuzo era espejo de santas virtudes conyugales para las biltroteras y haraganes del lugar. Hosca, huraña, desabrida y gruñona con su familia, como conviene á quien ha de hacerse respetar, ni jamás toleró zalamerías y morisquetas del marido, ni fué con mimos y besuqueos á los tres muchachos, fruto de bendición inexplicable en tan árido matrimonio.

Antes de que ninguna vecina de la Hortichuela se levantase, ya estaba la puerta de la casa del Capuzo abierta. Rosa

no dejaba descansar á nadie, y como no se daba minuto de asueto, no toleraba la holganza en los suyos.

Alta, seca, de seno liso y curtido cutis, poseía facciones agradables, ojos grandes, recta nariz, labios finos y delgados, despejada frente y graciosa barbilla. Era todo lo que se veía. Oculta siempre la cabeza bajo el apretado pañolillo de percal, anudado bajo la barba, que apenas descubría los bandós de negrísimo pelo, aceitado, que se ceñía siguiendo los contornos de la frente y solo denotaba su exuberancia por el bulto del moño bajo el pañuelo.

Ella no usaba nada de galas, que no dicen bien de las mujeres hacendosas. Un refajillo corto ceñido á la pierna, larga y seca, una parduzca almilla que fué negra antaño, el estirado pañuelo de tela al talle y el mandilillo de lienzo á cuadros azules

y grises, lo mismo en invierno que en estío.

La virtud de Rosa, que aplastaba á la familia, no había pesado tan directamente sobre Capuzo mientras tuvo que pelear con los hijos pequeñuelos y más tarde con la tarea de exhibir á la hija para ayudarla á pescar marido.

Desde que logró su objeto y se casó también el hijo mayor, mientras el otro iba al servicio del rey, aquella actividad de nerviosa incansable se reconcentraba toda en *su hombre*. Rosa tenía del matrimonio el concepto de propiedad que le otorga su carácter de indisoluble. El marido era una *cosa* que le pertenecía; un ser que tenía la obligación de soportarla, velar por su comodidad, trabajar para que nada le faltase y hasta ofrendarle sus caricias con regularidad sistemática. Para eso era ella honrada, madruguera, y le cuidaba la casa y la comida. Segura de cumplir su deber, era intolerante con las infracciones de los demás al suyo. Sufría con los descuidos del esposo, que podía haber ganado doble dinero si no le doliese tanto el trabajar. La vejez venía y era menester ahorrar para luego no verse á cargo de yernos ó nueras; mas Capuzo, como la mayoría de los españoles, no llevaba sus aspiraciones más allá del cocido diario, y solo trabajaba las horas que su presupuesto de gastos exigía para andar medianamente cubierto.

El pobre hombre no se atrevía á faltar ningún día á su labor; había de pasar por lo menos ocho horas cose que cose collerones y correaes para sacar el jornal.

Sus gastos, que la mujer costeaba á regañadientes, eran una cajetilla de tabaco á la semana y un puñado de trigo cada dos días para su *pájaro* de perdíz, un hermoso reclamo que alegraba con sus jácarras las horas de trabajo, y el cual no quiso vender por cien duros á un señorito aficionado de la ciudad.

El gran goce de Capuzo consistía en levantarse temprano algunas mañanas del mes de Enero, y envuelto en su capotón, con la jaula del *pájaro* á la espalda, bien enfundada en su franela verde, salir á uno de los cerros más distantes y escarpados á cazar perdices desde el acecho del puesto con ayuda del maravilloso *Tamberlick*.

Esta inocente diversión había de pagarla luego muy cara. La mujer le recibía de mal talante, silenciosa, refunfuñando,

y en el más ligero motivo encontraba pretexto para prorrumpir en invectivas y armar una pelotera, amargando la hora del descanso y de la comida. La virtud de su mujer hacía á Capuzo la vida insupportable.

¿De qué quejarse? Nadie le daría la razón si formulaba una palabra de descontento acerca de mujer tan severa, limpia y hacendosa.

Era imposible que pudiera dar forma á sus anhelos de cariño dulce, de aspiraciones comunes compartidas con la compañera. El mismo no podía precisar qué vacío, qué sentimiento vago le impulsaba á desear una ternura como la que su madre le ofrendaba cuando pequeñuelo.

Se dejaba dominar por la mujer sin confesárselo. Pensaba que transigía de buen grado por conservar la paz, la tranquilidad. Era pagar demasiado caro, con toda una semana de riñas y zozobras, el gusto de unas pocas horas. Para evitarlo, los días que la caza le hacía perder la mañana, se condenaba á velar ó á no acostarse. La cuestión era poner todos los sábados en manos de la mujer la ganancia íntegra de la semana. Único momento en que Rosa le sonreía y dulcificaba el acento al llamarlo á cenar.

Aquella noche era un acontecimiento ver á Capuzo en la taberna. Entró á media tarde y ya eran cerca de las once de la noche. La tabernera miraba con cierta inquietud el camino. Rosa era capaz de ir á buscar á *su hombre* y armarle un escándalo.

Los amigos que le acompañaron se habían ido, y Capuzo, incansable, llamaba á todos los que iban entrando para pagarles rondas de aguardiente ó ajenjo. En aquél momento, solo, cerca de la desvenecijada mesa de madera, ante el jarro de lata lleno de peleón, con el vaso de cortadillo rebosante, dormitaba procurando sacudir el sopor de la borrachera.

El pañuelo de hierbas que le rodeaba la cabeza dejaba escapar mechones del revuelto pelo entrecano, que caían sobre el rostro moreno, enjuto, actinodermio; con los grandes ojos abotargados por el alcohol, enrojecida la nariz y temblantes los labios, no parecía dispuesto á irse, á pesar de lo avanzado de la noche. Era preciso cerrar. Al fin el tabernero se decidió.

—Juan,—dijo poniendo familiarmente

la mano sobre el hombro de Capuzo.— Juan, es tarde; debes irte á tu casa.

—¿A mi casa?—preguntó con tono de asombro el guarnicionero, tartamudeando con el trabajo de los órganos entorpecidos, y añadió con decisión:—¡Cá! Yo no vuelvo á mi casa.

Los dueños de la taberna se miraron sorprendidos. ¿Qué habría sucedido?

—Tú no sabes lo que te dices;—repuso el tabernero.—Es menester que tengas juicio.

—¿Piensas que estoy borracho?—preguntó con formalidad grotesca Capuzo, irguiendo el cuerpo.—¡Borracho yo! No. Sé muy bien lo que me digo.

Intervino la mujer, sin hacer caso de la protesta, demasiado habituada á la manía

de todos los borrachos. Le habló de su esposa que le esperaba.

Entonces estalló el furor del guarnicionero.—¡Bien, y qué? ¡Que me espere! Bastante tiempo he sido siervo... ya se acabó... Me ha ofendió gravemente.

Y como viera el gesto de duda en el rostro de sus amigos, añadió con esa sinceridad ingenua que provoca la embriaguez en las lindes del embrutecimiento.

—Estoy *decidido* á cambiar de vida. No hemos venido al mundo pa trabajar sin descanso; que el burro que más trabaja más roto lleva el aparejo. He sido muy güeno, pero se acabó. La mujer es una máquina de sacar dinero... Y yo me he cansao ya. Sus creéis que semos esclavos.



Mi hombre por acá, mi hombre por allá, *mi hombre*... ¡Claro, su sirviente, su..!

—¿Pero qué te pasa?

—Que he pensao... Que quiero ser hombre libre. Que m' hartao de ser calzonazos.

—No digas eso—interrumpió con acento conciliador la ventera.—Rosa es muy güena, mu honrá

—¡Y á mí qué! Mu honrá. ¿Que es mu honrá? Quemarle á uno la sangre á toas horas. ¿Sé yo acaso si se ha acostao con otro ó si no ha tenido quien la quiera?

Había recobrado una energía feroz. Aquello debía ser muy grave. Los taberneros, curiosos, deseaban saber, y se sentaron en las banquetas de madera cerca-

nas á la mesilla. Capuzo, satisfecho, ofreció su vaso derramando el vino, y les habló con tono sincero.

—Ya sabéis lo que yo he sido siempre; lo trabajaor, lo honrao, aunque me esté mal decillo... no he tenido más vicio que ir alguna que otra vez de caza.

Asintió el matrimonio.

Era verdad.

—Y mi mujer—siguió él—es una fiera mansa, intratable, siempre gruñona. Yo no sé lo que es darme una tajá en la mesa, ni echar una siesta á su lao, ni hablar un rato en sana paz. Yo he sido en mi casa el esclavo, el ganapán. Maltrato siempre y aguantando por vivir tranquilo y porque la gente no hable. Pero tó se acaba.

Mi pacencia se ha acabao. ¿Sabéis la ofensa que esa mujer m' ha hecho? Figuraos que ayer mañana salí con *Tamberlick* á echar un puesto en lo alto del cerro de los Cocones. Una hermosa mañana. En cuanto puse el pájaro en el hacho, comenzó á dar pie y me metió las perdices. Se me corrieron tres pares que dejé muertas de cinco tiros... Una carambola... Era de ver á *Tamberlick* con qué fe cantaba, contento de ver morir á sus semejantes... Paecía un hombre. Vengo á casa al mediodía, rendío, pero contento de traer seis perdices emperchás... se las doy á mi mujer pa que se regale el jocico y me tiendo á dormir la siesta. ¿Sus pensais que me dejó? ¡Cá! ¡Que por arriba, que por abajo! Por no oilla me levanté á trabajar. Dimpués de tó tenía razón. Había prometido entregarle dos collerones á Franiche y debía cumplir la palabra. ¡Si viérais lo que es trabajar sin gana! Me había echao yo mismo la obligación y

queria cumplilla. No me volverá á pasar. Dende ahora seré parroquiano; me divertiré... la acción de mi mujer me ha hecho mucho daño. ¡Yo que esperaba tuviera lástima de verme cabecear tirando de la aguja! Estaba metía en la cama... me creía que me iba á llamar con voz bajita... dulce... como cuando está contenta ó quiere algo... Pa eso había comío perdices... Ya me relamía de gusto pensando en el calorcino de la cama... cuando la sentí levantarse. Se me abrió el corazón en agradecimiento. ¡Venía á llamarme! Levanté la cabeza pa... pa dalie un beso... Vamos... ¿Porqué lo he de negar? Y qué diréis que hizo?

—¿Qué..?

—¡Traía la alcuza en la mano y le echó aceite al candil!

Carmen de Burgos.

(*Colombine*).

(*Dibujo de Varona.*)





Crónica

VIDA

Y era la vida: la vida intensa, la vida fuerte, la vida sana. La vida que rebosaba en sangre ardiente y roja, en sangre alborotada y bullidora que galopaba loca en las venas.

Reía el sol en lo alto de los cielos; el sol que se desperezó en un horizonte incendiado, extendiendo su varillaje de oro mate. Y reía ahora con la risa fija de un esmalte, grabado sobre la limpidez azul, transparente y diáfana. El cielo raso y uniforme, parecía más bien un tul á través de cuyo tejido imperceptible se filtra una claridad cegadora y potente. Todo era cálido. Todo tenía vibraciones de existir. Todo era vida.

Al beso del sol-novio, se despertó la tierra novia también, engalanada para recibir la caricia como una desposada virgen. Y al beso nupcial se estremecieron las flores, y quedaron las gotas de rocío temblando irisadas sobre los pétalos abiertos.

Un soplo de fecundidad pasó á ras del suelo, y el ambiente se llenó de tibios efluvios de savia nueva. El aire era cargado de olores campesinos de helechos y tomillos. Y era una emanación confortante y sensual, la que envolvía las cosas todas, que parecían entonar un canto de salud.

Sobre los surcos arcillosos, erguían sus cañas los tallos verdes y tiernos, las hierbecillas húmedas, chorreantes más bien, frescas y lozanas. Y entre el verdegueo de los prados, que se tendían ondulantes y uniformes, destacaban su mancha fragante las violetas blancas, las violetas moradas, las margaritas blancas también, cuyo centro amarillo era como un botón de oro viejo, sin brillo y sin resplandores.

En medio de la vida exuberante de la tierra, estaba la vida plácida de los hombres.

Por la carretera polvorienta, donde las rodadas marcaban la ruta, iban al pueblo los felices, los que aman la vida cuando hay sol.

Y el pueblo, chiquito, con sus casas blancas, con sus techos rojos, con la torre de su iglesia parda y ennegrecida, estaba en silencio.

Le bañaba la luz emperezándole. Le bañaba el ambiente encalmado y enervante. Y no había ruidos.

En las calles estaban los carros inclinados, con los varales en los pedruscos del suelo. En los corrales malolientes reposaban las bestias, sentadas, espantando las moscas con sus largas colas inquietas. Altivo, sobre el travesaño de una colum-

na, un gallo cantaba sus orgullos. Y solo á la puerta enjalbegada de cal de un edificio ramplón y pueblerino, una muchacha morena, de grandes ojos negros, alentaba pausada, con esa pausa de los pesares y sufrimientos, cuando llenan el pecho en días de sol, con exceso de crueldad para los dolores.

La vida pletórica que lo llenaba todo, la envolvía también á ella, que llena del vigor juvenil, tenía tristezas en el alma joven.

Mal del espíritu, dañador, que daba pena ver reflejado en la cara tostada, en el mirar distraído y luciente.

Aquella vida era la vida nostálgica, la vida de pesadumbre, que se había alejado de la vida bullanguera y gozosa. De aquella otra vida de juventud, que abajo en las riberas, alborotaba la calma augusta del río y de las montañas plantadas de olivos.

¡Del río! He dicho del río, que era lo más hermoso del paisaje.

Cuando de tarde, la luz del sol resbalaba sobre él, espejeaban sus aguas mansas como el acero bruñido. E iban pausadas y levemente rumorosas á la presa para saltar por ella entre rocas.

Allí se descolgaban borbotando un ruido incesante y brusco. Allí caían con furia

por la pendiente rocosa de las cascadas. Y caían de golpe, de lo alto, cambiando su azul de acero por un blanco lechoso. Un blanco todo espumas, que burbujearan al final, y que en el aire se apelotonaban como bolas de algodón, entre las que brillaban las gotas que se desprendían con los golpes. Gotas que saltaban como diamantitos desprendidos de un estuche blanco y que en la curva daban destellos de colores.

También allí vibraba la vida. También allí en las aguas alborotadas cantaban los gnomos invisibles el canto de salud. Y cuando á la puesta del sol las montañas eran doradas y las aguas hacían tornasoles anaranjados, el canto era más fuerte, como en el amanecer de los prados, cuando la tierra engalanada recibía el beso nupcial del sol-novio, que la despertaba amoroso con la caricia de sus rayos áureos.

¡Del sol! Del sol soberano en trono de sangre, que al morir sobre un lecho de nubes rojas, dejaba poco á poco paso á la noche, arrebatando la vida al campo y al paisaje, al río y al pueblecito blanco, cuyo nombre es para nosotros el nombre feudal é hidalgo de Villar del Rey.

A. de Mirabal.



ALMÁS Y CIENTO



El gran Blasco Ibáñez, pese á quien pese, pese al que no ve en el hombre más que sus ideas sociales, encuentra á su regreso de América idénticos trofeos de laurel que los que dejó en aquellas tierras.

En centros, escuelas y teatros, resonó su voz en más de cien conferencias, que, como suyas, fueron hermosas enciclopedias del humano saber.

De Blasco Ibáñez salieron ideas, no las suyas políticas, sino ideas de concepciones grandes, porque como él dice, no olvida que antes de todo es hijo de española tierra.

Cruzó el interior de la Argentina, Chile, Paraguay, aunque no por las pampas, que ni están vírgenes ni pobladas por salvajes, sino concienzudamente cultivadas.

En el gran desierto de el Chaco, encontró indios, víboras y serpientes, y como el gran maestro del decir y del saber, ante todo es español, volvió una vez más á recordar su lejana patria.

Regresó el coloso.

El coloso es el inmenso Titta Rufo; su voz hace que las localidades del Real, alcancen precios fabulosos, por escuchar perfectas armonías, y más aún, por lucir tocados valiosos.

En cambio el día 9, también en Madrid, murieron hambrientas tres personas; una

madre se suicidó por no tener pan para sus cinco hijos. El contraste es hermoso. Indudablemente se progresa.

Aunque el fuego primaveral está un tanto decaído, en estos meses en que el termómetro baja, en los corazones juveniles y aun *ancianos* poco propensos á las leyes físicas, se enciende, produciendo efectos devastadores.

Véase si nó el crimen pasional de Barcelona y el no menos ardiente de Madrid, del que son víctimas una muchachita en pleno vigor de vida y hermosura, y un hombre cuya cabeza había ya tiempo comenzado á blanquear.

Hablen los psicólogos.

Llegó San Antón y con él las primeras carcajadas carnavalescas.

Y he leído ó me han dicho, no lo preciso, no recuerdo, que en Madrid, para evitar se utilicen los confettis *usados*, ha sido designado para cada día el empleo de un solo color, de antemano designado.

Aplaudo la idea, pero siento que seamos en lanzarla siempre los últimos; en Nueva York se hace otra cosa:

Cada papelito que ha de arrojarse tendrá que llevar necesariamente un certificado de sanidad que demuestre se encuentra desinfectado, y además...

Además un timbre móvil de diez céntimos.

Cierva dirige una cartita al director de *A B C*, en la que dice que hay algunos periódicos que cifran sus ilusiones y hasta sus acciones en destruirle moral, política, social y físicamente.

¿No cree el señor La Cierva que esas ilusiones pudieran estar muy bien cifradas?

Es solamente una pregunta.

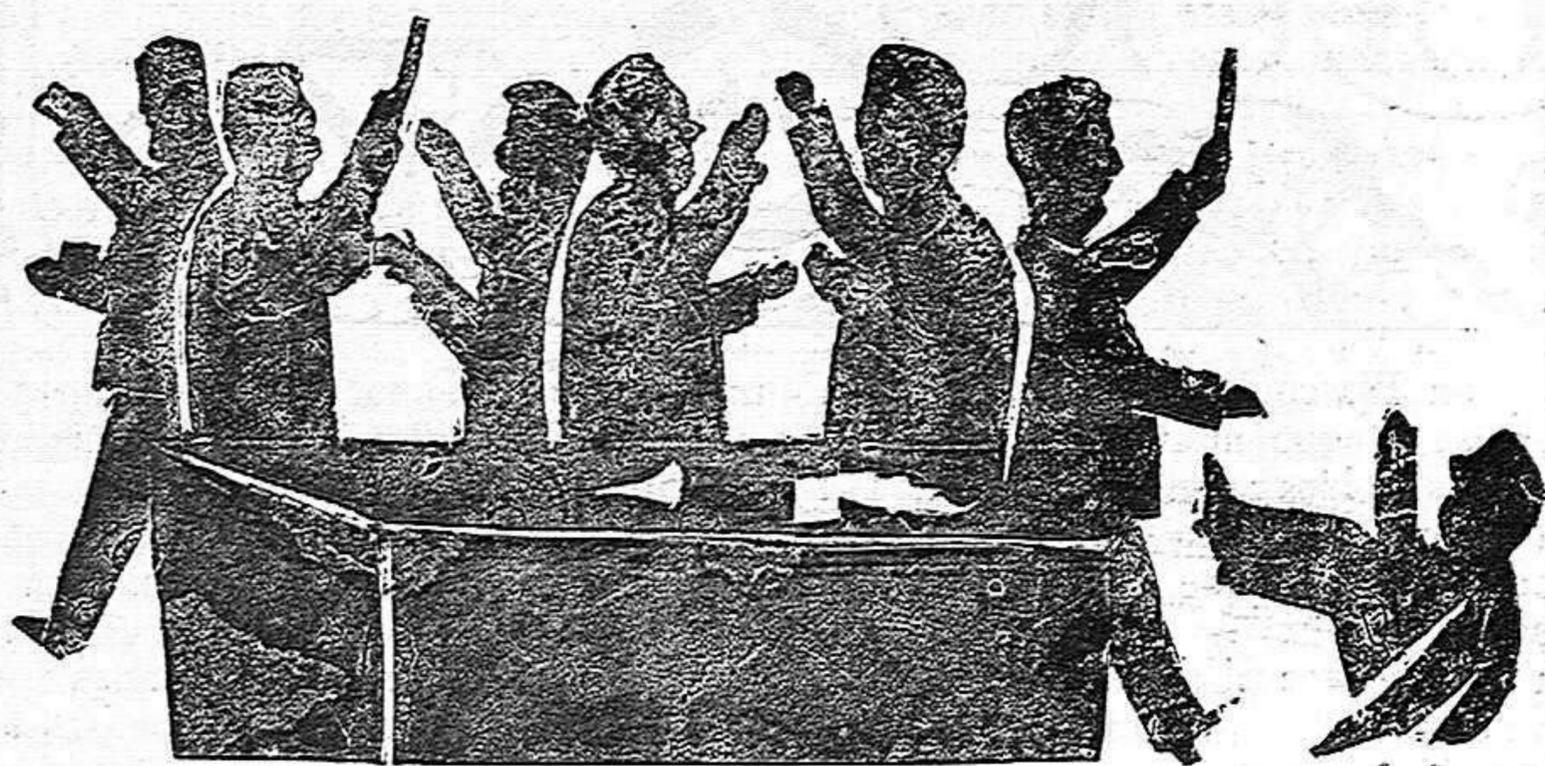


Ya lo dije antes, es un hecho que progresamos.

Véase la muestra:

En el Ayuntamiento de Alcira, los con-

cejales conservadores y republicanos anduvieron á morradas consistoriales, bronca de doble P y porrazos sin consecuencias.



Idem, idem, idem, sucedió en el de Palma de Mallorca, donde con gran éxito se verificó la *reprise* de tan regocijante espectáculo, que no deja de tener su animación y sus entusiastas.

Claro está, y la consecuencia es lógica, que después de resolver tan importantes conflictos, los representantes del pueblo salieron de la casa municipal con las manos en la cabeza.

En la puerta de Atocha, un comité de vivos tomó el plausible acuerdo de cargar ¡con una farola! del alumbrado público, y

mientras uno de sus miembros vigilaba la llegada (no probable) del *poli*, pensaba el ejecutante...

Que aquí hace falta tener quinqué.

Un nuevo libro de Galdós, que aún sin conocerlo se puede asegurar como un exitazo.

Se titula «El caballero encantado», título sugestivo y que será seguramente espejo de su texto, porque el verdadero caballero encantado será el que lo lea.

Encantado de su lectura.

Pierrot.



DOS NOVELADORES EXTREMEÑOS

Cuando hace veinte y tres años vine á Salamanca, admirado del gran número de extremeños, maestros y discípulos que en tiempos anteriores habían dado esplendor y brillo á su Universidad, investigué las causas por lo que entonces no venían ya en tanta abundancia los hijos de esa vasta región que tantos días de gloria habían dado á España en letras, ciencias y armas.

En la contestación á mi curiosidad, hubo para todos los gustos; unos, creían se debía ese alejamiento del *alma mater*, á la falta de fáciles comunicaciones; quién, á las muchas Universidades; alguno, al decaimiento de la que fué admirable reunión de sabios; y, no faltó malicioso, que señalara á la escasa cultura de la región extremeña, cuya juventud, decían, vive entregada á la ociosidad. Pasaron algunos años, desapareció el obstáculo de la falta de comunicaciones con la línea transversal; á mi clase concurrieron de las provincias de Badajoz y Cáceres alumnos de aplicación, talento é ingenio; llegaron á mis manos revistas, periódicos; conocí y traté á personas de gran cultura, y entonces, adquirí el convencimiento de que hoy como ayer, la tierra extremeña sigue siendo abundante en hombres de buenos ingenios, y su juventud pugna por vencer los obstáculos que se oponen para que figure entre las más cultas, activas é inteligentes de las de España.

El recuerdo que Brozas consagró á su ilustre hijo y maestro de Salamanca Francisco Sánchez, el *Brocense*, la revista que en esa villa publica el señor Burgos Orellana, que hoy da hospitalidad á estas cuartillas, y las dos novelitas que llegaron á mis manos por la benevolencia de sus autores, á los que agradezco ese recuerdo, confirman cuán equivocados estaban los que pintaban la sociedad extremeña únicamente atenta á la política, y su juventud consumiendo su actividad en placeres cinegéticos, alternando con una ociosidad sistemática é improductiva.

La revista *Extremadura Literaria* ha publicado dos novelitas; «En tierra extremeña», de don Federico Reaño, y «La Duda», de don Juan Luis Cordero. La primera es un cuadro de género, de perfume local, trazado con verdad y hermoso colorido. Ignoro si esta obra es la pri-

mera que da al público su autor, pues en ese caso, son disculpables los descuidos de que adolece, pero si fuera de un escritor ya experimentado, en ese caso no tiene explicación que siendo tan reales los tipos, tan simpáticos todos, tan humano el desenlace, haya un personaje, una figura, que aunque sea tomada de la realidad, no encája dentro del cuadro artístico. Nos referimos al párroco, que cuantas veces interviene en la acción, lo hace de un modo inconveniente, impropio de su dignidad, dadas las condiciones en las que nos le retrata el autor.

La corriente iniciada por Pereda de la novela local, seguida por otros escritores con más ó menos fortuna, es á mi modo de ver lo que se ha propuesto el señor Reaño; propósito de gran precio literario, si al dar relieve á la vida local, incorporando lo tradicional, se engalana con ese caudal tan estimado del lenguaje, recogiendo los modismos y frases que se incorporan á la gramática y al léxico de la lengua patria, tan importantes para el estudio de las variedades dialectales de nuestras regiones. En esta parte, agradeciendo al señor Reaño las frases y modismos que incorpora al lenguaje de sus personajes, es de sentir no lo haya hecho con más decidido propósito y mayor abundancia en su preciosa novelita.

«La Duda», no es novela local; los personajes como el asunto, lo mismo pueden ser de Extremadura que de Castilla ó Galicia. El autor parece se ha propuesto un fin psicológico, el estudio de un carácter, esbozando sus personajes dentro del tipo del estudiante de «La Dolores» ó el cobarde de «Los valientes». Muestra su autor señor Cordero, condiciones muy apreciables, deslucidas por lo borroso de los afectos del protagonista Julián, y cierto decaimiento en el curso de la acción, que se interrumpe á lo mejor, prometiendo continuarla en una segunda parte; así que podremos aplicar á «La Duda», lo que el cura decía de la Galatea de Cervantes en el escrutinio de la librería de Don Quijote: Su libro tiene algo de buena intención, propone algo, y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que promete.

Luis R. Miguel.



SED

*Del vasto monte en el repliegue hondo
brotó una fuente secular, vetusta,
donde acude á beber moza robusta
de amplias caderas y cabello blondo.*

*Rielan sus ojos en el verde fondo,
el agua fresca la zagala gusta,
y la fuente su ritmo al ritmo ajusta
del seno virginal firme y redondo.*

*Contemplando en las ondas rumorosas,
de su cuerpo las curvas vigorosas,
se extremece de amor la linfa al verlas;
y el caño, derramando suave lluvia,
corona la cabeza de la rubia
con un cintillo de temblantes perlas...*

Zacarias Ilera Medina.



MARTIRIO INTELLECTUAL

TEATROS, LIBROS Y ARTE

El teatro de los niños

Los niños juegan con mil cosas, cualquier futilidad les divierte y sonríen de un modo encantador con una mariposa que vean volar, pues al perseguirla, el incierto triunfo con que sueñan de hacerla prisionera, les hace correr, les hace reír locamente, para que después, cuando reposan en su camita, cuando se entregan á un dulce sueño, aquella mariposa que los cansó se les presente coquetona y roce con sus alas su imaginación y en sueños los haga sonreír. Todos los *grandes* se desviven por satisfacer sus menores caprichos, les compran mil juguetes y, en fin, para colmo de diversión, los llevan al teatro, al único que los pueden llevar, al de las personas mayores, y en él presencian, bien una escena horrorosa en la que un amante mata á su rival, ú otra de ideas elevadas y sublimes que ni los grandes entienden. Pues bien; esas criaturitas salen del espectáculo con su pequeño corazón sobrecojido de espanto y cuando se entregan al sueño, que debiera ser dulce y tranquilo, espasmos de terror recorren su cuerpo, y en vez de la sonrisa que antes naciera, se dibuja en sus caritas un gesto de espanto y despiertan horrorizados ante el asesino que creen los matará. ¿Es esto justo? ¿Es esto humano? Los padres, parientes y allegados creen pro-

porcionar á los niños una diversión y les proporcionan un martirio. Pero los niños no están solos. Hay una persona que vela por ellos por lo mismo que no los tiene cerca, y esa persona, ese protector desinteresado, dedícase á pensar en algo útil y que sirva de enseñanza á los pequeños; nace en su privilegiado cerebro una idea y acto continuo la pone en práctica, y empieza á circular de boca en boca el fausto acontecimiento, la próxima existencia de un teatro original para los niños, en el que encaje la diversión y la enseñanza. ¿Quién es el autor de tamaña empresa? El primero de nuestros genios; el talento más esclarecido no solo de España sino del mundo entero: Jacinto Benavente. Todos lo conocen. Todos saben lo que vale; quien por haber estudiado sus valiosas obras, quien por haber oído ensalzarlas hasta en los más ignorados lugarejos.

¿Y es posible que una idea nacida en tal cerebro se pierda? No. Todos sus discípulos y, cuidado, que entre ellos háylos maestros, se apresuraron á recojerla y á prestar su valiosa ayuda para ponerla en práctica, aunque tal auxilio no le es preciso á Benavente y sí gustoso, y así los Quintero, Linares Rivas, Catarineu y otros no menos notables literatos, prestaron su concurso, y el Teatro de los niños ya es un hecho.

En el Príncipe Alfonso sentó sus reales, y á él acuden los pequeños, ansiosos de presenciar las escenas de los cuentos en acción, las mil diabluras de las hadas, que en unión de enanos y gigantes realizan mil prodigios.

Saludemos con respeto, admiración y cariño al protector de la infancia, al talento único, que no solamente lo emplea en producir ideas sublimes para inteligen-

cias superiores, sino también en concebir pensamientos encantadores para talentos que comienzan á nacer. Inclinémonos ante Jacinto Benavente.

De libros

«Trianeras», por Celedonio José de Arpe.

Si la humildad condujera á la gloria, Arpe hace mucho tiempo que la hubiera alcanzado; pero la humildad no conduce y, sin embargo, Arpe llegó hasta ella. Cuantos que se tienen por literatos, por hombres de talento, creen que su soberbia desmedida les ayuda para que el mundo los conozca, y no saben que al grito de su vanidad, acompaña la pobreza de su obra, que, aun revisitando algún valor, cae fatalmente ante el elogio que el autor que la produjo de ella hace.

Leéis «Trianeras» y en cada una de sus poesías encontráis el talento del autor, su ingenio, su inspiración al hacerlos sentir de un modo intenso tanto las penas como las alegrías.

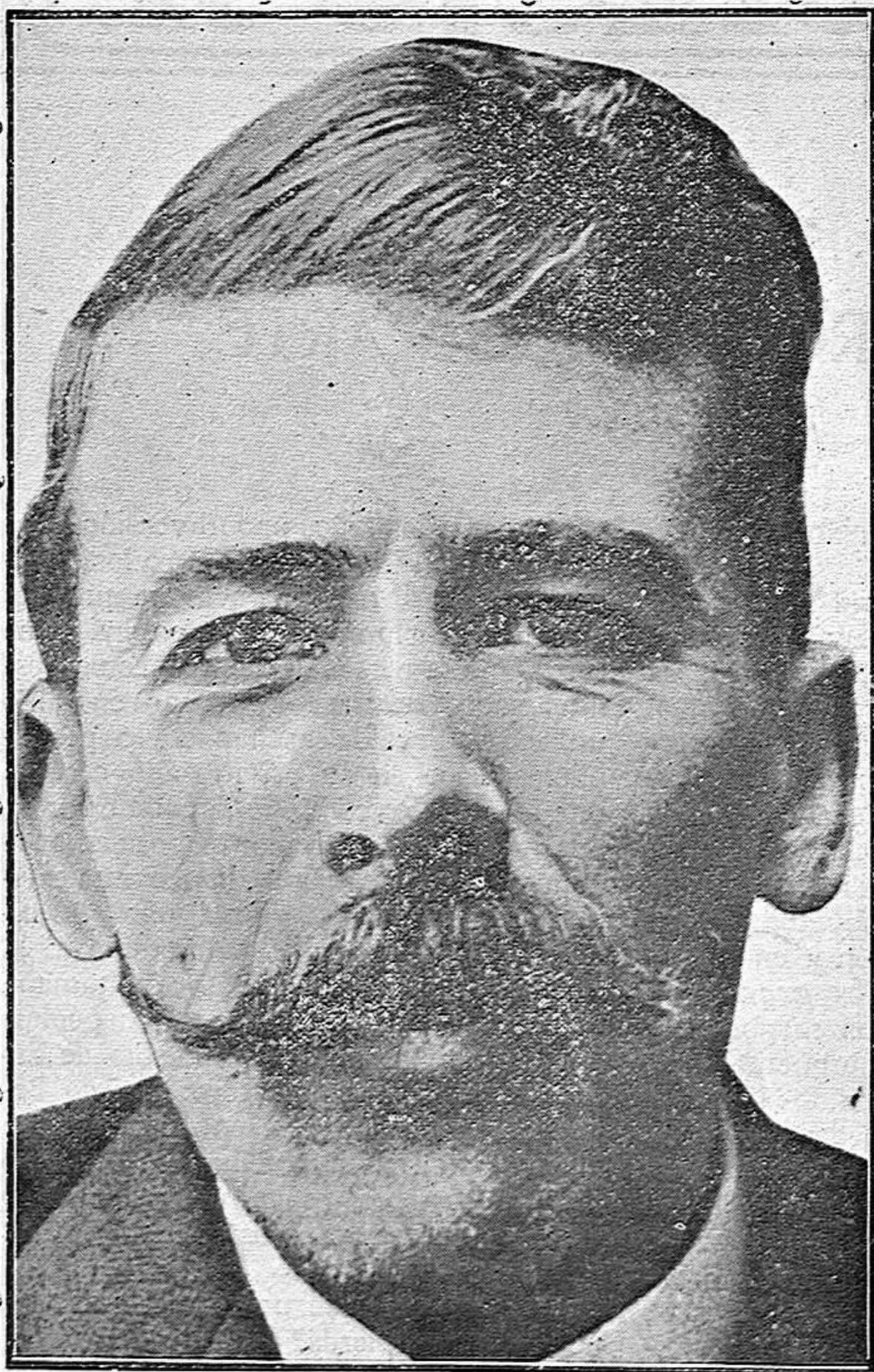
«Trianeras» está dividida en tres secciones: *Edad florida* (Amorosas); *Edad media* (Filosóficas); *Edad madura* (Excépticas).

En la primera se declara la juventud en pleno vigor, y Arpe, que no es viejo, retrocedió unos años y evocó recuerdos.

En la segunda, Arpe huye de toda filosofía profunda y presenta la

Dejo para el final la prueba concluyente del mucho valor de «Trianeras» por cuanto Salvador Rueda, al ponerla el prólogo, quiso atestiguar lo valioso de la obra.

Un madrileño.



real, figurando composiciones tales como «Amor», «La charra», «Flor de huerto», «Alma» y otras varias, en las que «Alma» sobresale, con ser todas muy buenas, y, por último, en las *Excépticas* figuran «El maestro», «¡Hijo mío!» «Ley humana», etcétera.